

"El P. Aurelio Espinosa Pólit, S. J."

ECA 178, pp. 21-24 1963.



Ha muerto el P. Aurelio Espinosa Pólit. Este es el comienzo irremediable de estas líneas apresuradas. Del P. Aurelio, como se le llamaba en círculos más familiares, se había escrito ya antes y se volverá a escribir sin contar para nada esencial con su muerte. En estos momentos no puede ser así. Porque no sólo se ha muerto, se ha ido, sino que se nos ha muerto, se nos ha ido. Bajo tal perspectiva puede exigirse una visión verdadera de su persona, tal vez la más profunda y esencial, pero por múltiples razones evidentes no puede esperarse un juicio total, una crítica sosegada de su obra en conjunto. De momento más interesa su persona que su obra, por mucho que se las juzgue en buena parte inseparables.

El Ecuador habrá visto claramente con su muerte lo que su vida le importaba. Una importancia sustancial e incomparable, ganada desde un puesto y una ocupación que, al parecer, debieran haberle apartado del influjo inmediato sobre la nación. Una importancia, por otra parte, nunca pretendida ni afanada con manejos o intrigas, sino connaturalmente resultante de un valor que se impuso por sí mismo y que fué desbordándose desde su retiro de Cotacollao. Aun siendo meramente profesor de Humanidades, sin salirse de esa esfera, entendida eso sí en toda su significación, acabó siendo llamado públicamente, por los individuos y por las jerarquías oficiales, a servicios culturales, privados y públicos, del más alto rango nacional. Tal vez el P. Aurelio apreciaba más otras facetas de su influjo: la formación humanista de más de 33 generaciones de jesuitas o el fruto de su obra literaria. Con razón sí ya que aquella eficacia estaba radicada en estos valores o, por lo menos, tenía los mismos presupuestos. Pero como signo y prueba evidente de su personal valía es más fácil referirse a su carácter de figura nacional, conquistado desde la línea que él se impuso a sí mismo y que fué precisamente la de humanista y formador.

Carácter nacional nada fácil de conseguir, tanto que en muchos años de historia ecuatoriana no se encontrará caso similar. ~~XXXXXXXXXXXX~~ ~~XXXXXXXXXXXX~~ Las condiciones más capitales para ello eran adversas: un laicismo agresivo como el de su tiempo no podía ofrecer sino resistencia a una figura cultural radicalmente católica y sacerdotal, y un enciclopedismo especializado o un culturalismo positivista no ofrecían el alvéolo más apto para que se instalase en él un humanista de tipo clásico. Y, sin embargo, ambos extremos son patentes, el de su influjo y el de su fidelidad a su ser sacerdotal y a su formación humanista.

La historia de este influjo nos enseñaría mucho. Con todo más importa ahora decir sintéticamente su por qué, que, en el fondo, implica bosquejar más que el perfil los fundamentos de su personalidad cultural. Pues si las circunstancias externas posibilitaron aquel influjo no lo facilitaron; de ahí que su efectividad haya que centrarla casi exclusivamente en sus valores personales. Otros los habrán expuesto también, no sé bajo qué aspecto. Como un deber más que como un derecho, los enfocaré yo desde el punto de vista del discípulo tal como he visto siempre su figura en los dinamos, en los horizontes y en la manera de ser que despertó en mí mismo. En este sentido no pretendo construir hipotéticas teorías sino comprobadas efectividades. Ni, por otra parte, claro está, hablar de mí sino de él.

+++++++ ++++++++ ++++++++

Fué un trabajador intelectual incansable, centrado en un ámbito cultural para el que tenía unas cualidades sobresalientes y una vocación insobornable. Ciertamente abarcó en apariencia muchos campos, además del cultivo de las humanidades clásicas, concretadas especialmente en Virgilio, Sófocles y Horacio, por este orden. Sus estudios sobre autores ecuatorianos viejos y recentísimos, sus investigaciones históricas sobre Mariana de Jesús, su tiempo y sus biógrafos; su producción poética "intermitente", sus publicaciones estrictamente religiosas y auh

directamente apologéticas, sus intervenciones en temas educacionales... Junto a esa amplísimax producción literaria sus funciones activas de rector de la Universidad, de formador de jóvenes, de consejero espiritual, de ministerio puramente sacerdotal, de colaborador en organismos culturales del estado...Y, a pesar, de toda esta multiplicidad, complicada con muchísimas clases semanales, frecuentes conferencias y viajes importantes; apretada, además, por una cantidad de publicaciones grande pero que todavía no corresponde a buena parte de lo que efectivamente escribió, el P. Aurelio fué todo lo contrario de un superficial que mariposea por ~~cada~~ cualquier tema, o de un intelectual desvirtuado en funciones administrativas y aparentes.

Si a todo esto hubo de llegarse, casi siempre respondiendo a la llamada urgente de los otros, fué porque en el trabajo de lo que le era propio había alcanzado unas dimensiones desbordantes que llamaron la atención de todo el Ecuador y, en menor medida, de Hispanoamérica. Representa en esta línea y en el momento histórico que vivió un caso singular en el horizonte cultural hispanoamericano. Es urgente y aleccionador recalcarlo. Centremos el problema, verdaderísimo problema en esas tierras: ¿cómo es factible aunar el más serio y retirado trabajo intelectual con una eficacia inmediata y pública, con un atender a tareas múltiples, con un trascender la propia especialización en lo que tiene de tal? Juntura de extremos, difícilísima de sintetizar, pero que es inaplazable en la medida en que sea posible. No se puede negar en modo alguno la urgencia del trabajo especializado, investigador y creador, si es que de verdad se quiere construir radicalmente un porvenir latinoamericano, pero tampoco se puede desconocer la exigencia del trabajo momentáneo, actual, si es que de verdad se quiere salvar el presente que vivimos y somos. Como Jovellanos decía a otro propósito: "jamás concurriré a sacrificar la generación presente por mejorar las futuras". La verdad es que el presente debe preparar un futuro mejor aun con su propio dolor, pero sin que, por ello, tenga derecho el futuro a impedirnos vivir.

El problema se le presentó al P. Aurelio más en su concreción práctica que en sus proyecciones teóricas, y, por lo mismo, su solución la dió más con el ejemplo de su vida que con cabildeos de gabinete. Veamos cuál fué.

Ante todo, le fué posible abarcar tanto materialmente porque fué desde su primera juventud un trabajador excepcional, como sólo es posible en un hombre que tome como "forma de vida" el trabajo. Era su punto de gravedad, al que venía a caer como a su centro, cuando obstáculos externos no se lo impedían. Somáticamente su necesidad de descanso era mínima; siquicamente descansaba trabajando. Esto indica, entre otras cosas que estaba plenamente centrado en "su" trabajo. La expresión es deliberadamente ambigua, porque pretende abarcar en uno sus varios sentidos: podía ~~el~~ centrarse en el trabajo, andar en él como en su propio medio, porque ese trabajo correspondía efectivamente a lo que él era, y él, al menos desde su madurez, estaba como connaturalmente dispuesto a ser lo que era. La palabra que corresponde a este comportamiento es autenticidad, y ella explica mucho de su influjo, autenticidad más aún que moral psicológica; y, por ello, he usado antes la palabra connatural. No tenía que esforzarse en esta actitud y, tal vez, sea esta la explicación de su resistencia material y psicológicamente sorprendentex, sobre todo si tenemos en cuenta que su cuerpo no era especialmente robusto. Lo importante aquí es resaltar su trabajo ímprobo y su razón: haberse centrado en su trabajo, por haber dado con el que realmente correspondía a lo que él era, y haber logrado ser su ser mejor.

Afortunadamente el tema de su trabajo y el modo como él lo vivió no fueron algo sin relación con el hombre. Al contrario se identificaron con el hombre integralmente entendido. No podía ser de otra manera, supuesto lo anteriormente dicho, dado su ser tan ~~rico~~ humanamente. ¿Cómo hubiera podido satisfacerse totalmente en unas disciplinas o en un modo de enfocirlas que no atendiesen al hombre entero? Sin entrar todavía en este aspecto no conviene pasar por ~~kalto~~ cuánto a fondo se dedicó en la línea y en los temas elegidos por él. La prueba está en sus resultados:

sobre Virgilio y Sófocles fué y es el P. Aurelio una autoridad universal. Conocía muy bien la literatura virgiliana, excepto lo escrito en alemán y no traducido a otra lengua occidental, y procuraba estar al día en ella, reuniendo una biblioteca especializada muy apreciable; estaba excelentemente preparado para su valoración estética debido a su excelente preparación filológica pero, sobre todo, a su extraordinaria sensibilidad artística, muy cultivada en una cierta línea sicologista de inspiración inglesa; contaba, finalmente, con una pasión de perfección en el trabajo que no admitía ni en fondo ni en forma claudicación alguna. Más de una vez me dijo que trataba de hacer ~~de~~ sus trabajos, de tal modo que en el sector por él trabajado ~~xxxxxxx~~ no se requiriesen nuevas labores: tenía muy en el corazón como meta de sus escritos las palabras de Tucídides *κατὰ εἰς ἐσέ* tan repetidas por él. A pesar de su facilidad portentosa para la traducción en verso, trabajaba las suyas con un rigor y un sentido estético admirables. Últimamente me escribió: "estoy corrigiendo y dando la última mano (con qué trabajo!) a la traducción completa de Virgilio".

Así llegó a ser una autoridad mundial en cuestiones virgilianas, por más que por falta de resonancia no se le haya reconocido todavía en su verdadera dimensión. Y en materia tan cultivada en todas partes es un caso singular en Iberoamérica, donde a los intelectuales les acechan tantas tentaciones desvirtuadoras. Quiere decirse con esto que él supo vencerlas, encontrando la solución práctica al problema antes propuesto. Podría describirse así: un trabajo intenso e indomable, planeado a larga distancia; una circumscripción inicial a aquel terreno en el que se puede rendir al máximo, hasta dominarlo de forma perfecta y total; y un trascender ese campo elegido no como evasión sino como sobreabundancia y repercusión. No le fué posible ni le era lícito encerrarse en una vitrina egoísta sin salida a la realidad social, pero tampoco el saltar a otras materias o actividades totalmente ajenas, trayendo de su propia disciplina tan sólo el prestigio del especialista. Al contrario, su tarea, toda su tarea antes apuntada en líneas generales, tiene una unidad y representa como movimiento el mismo dinamismo.

Probablemente esto no es posible de la misma manera en todos los campos culturales, sino sólo en aquellos que mantengan natural unidad con la eficacia sobre los hombres. Se insinúa así un tipo de vocaciones como más apropiado para la eficacia profunda e inmediata sobre el momento cultural iberoamericano, pero también se exige que a cada una de las vocaciones se les busque ese vector de eficacia. Porque, por ejemplo, no era sin más evidente que las Humanidades clásicas ~~e, desde ellas,~~ pudieran contarse como las más apropiadas en orden a esa eficacia. Con los hechos demostró el P. Espinosa Pólit que efectivamente lo pueden ser, y que lo pueden ser en el modo como él las enfocó. Porque es patente que todo el resto de su actividad es inmediata fluencia de las Humanidades que él cultivó y del modo en que las cultivó. No sólo porque de ellas nació su prestigio primero sino, sobre todo, porque en ellas conformó su manera humanista de ser, su más radical actitud cultural, que, a su vez, reabró sobre su modo propio de entender las Humanidades.

La elección gozosa, decidida, total de ese campo y de ese modo de trabajarlo, vista en función de su pasión por formar a los jóvenes conforme a su canon humanista es, efectivamente, algo muy configurativo de su personalidad, al mismo tiempo que muy significativo. Patentiza a las claras su interés por lo humano como raíz de su vida cultural, por lo humano en cuanto pudiera enfocarse humanamente o, más bien, humanísticamente al modo clásico. No le despertaban interés sino desasosiego aquellas disciplinas que, aun objetivamente humanas, no podía él enfocarlo o no las había visto enfocadas con la plenitud del hombre integralmente desarrollado. Allí donde había un predominio de facultades con menoscabo de otras, o una incapacidad de expresión humana o, aunque en menor grado, estilística no dejaba traslucir un fondo de hombre integralmente humano, el P. Aurelio se sentía a disgusto. Ciertamente admitía tales disciplinas, en especial la filosofía, como momentos parcia-



seguro, y por él avanzaba con firme paso. Sus clases eran todo lo contrario de observaciones filológicas o consideraciones estilísticas; estaban lejos también de puntualizaciones psicológicas y estéticas dichas tópicamente desde fuera y sin mostrar vivamente su qué, su por qué y su hacerse. Eran clases realmente creadoras, sin esquemas ya dados, nunca preparadas de antemano en el sentido de que no se aprovechaba mecánicamente ni de las notas escritas después de las explicaciones de otros años. En cada momento buscaba el ahondamiento nuevo, la recreación viva, el hallazgo imprevisto. Tenían mucho de aventura espiritual y, por eso, parecían todas distintas. Superaba, a veces, el texto mismo que le servía de arranque.

Alguna vez comentando con él el rumor corriente de que veía en Virgilio más de lo que el texto encerraba, se me ocurrió insinuarle que podría hablarse de una superación de Virgilio hecha por él, de modo que las fuentes fuesen dos perfectamente continuadas. No lo quiso admitir, pues su persuasión era que interpretaba objetivamente el texto. Tal vez tenía razón si se piensa profundamente lo que es interpretación y lo que es objetividad, si se piensa que el texto nunca puede reproducir la persona que lo creó y que, por tanto, entender un texto, dar con lo que en verdad es, implica una superación de su apariencia y de su materialidad.

Quien no vea en todo esto unos valores radicalísimos y actualísimos es que no sopesa lo que significa. La profunda persuasión de que lo humano -y qué de lo que es capital para el hombre no es humano- sólo se puede llegar a conocer si se logra un contacto total con ello; el ir como a meta de su formación a lograr ese contacto total que no sólo da la vivencia más rica sino la posibilidad misma de vivenciar potentemente; el llevarlo a cabo por medio de un análisis existencial y una efectiva recreación de modelos egregios de plenitud vital formalmente entendida, son los reflejos y la comprobación más contundente de su excepcional condición de persona y de maestro. Son también la raíz de su mensaje pedagógico, el secreto parcial de su efectividad humana.

Combatir, por tanto, sus ideas o sus métodos, apoyados en lo que en ambos hay de accidental es confesión de miopía y superficialidad. La misma miopía y superficialidad de los posibles repetidores mecánicos de sus formas externas y de sus detalles accidentales. Por eso, creo yo, sus discípulos más capaces no han tendido dificultad ninguna de transferir sus modos de enfrentarse a los clásicos al gusto profundo de lo más contemporáneo, antes han contado con la preparación mejor para acercarse en su misma línea y con su mismo espíritu a autores y a materias, a las que él mismo no pudo acercarse. Más aún han formado su propio ser de modo que en todo pensamiento, arte, expresión necesitan exigir ese carácter de plenitud, de autenticidad humana, de hondo contenido ajeno a todo formalismo, para lo que el P. Aurelio despertaba una necesidad tan irresistible. Hay que tener muy en cuenta para evitar equívocos que sus discípulos cuando estaban bajo su cuidado inmediato no estaban en condiciones para unas aberturas que lógicamente deben venir después; estaban al contrario en plena efervescencia de formación, que, en parte, exigía unos modelos especiales. Es muy de observar que por su mismo afán de totalidad, por su misma exigencia de contacto personal, largo y profundo, con los autores, no podía permitir que estos fuesen cualesquiera.

Ciertas limitaciones y exclusivismos habrá que atribuirlos o a las condiciones históricas que le tocó vivir y que no permitieron dar todo lo que él y su método tenían de mejor o a irremediables exigencias polémicas en defensa de valores más altos. Era un convencido tal de sus ideas, veía en juego valores tan capitales que cualquier transigencia en lo que estimaba fundamental le parecía imposible. En este sentido podrán reconocerse limitaciones, pero lo que no puede honestamente ponerse en duda es, sobre los riquísimos valores antes expuestos, su inquebrantable rectitud moral, la sensibilidad y bondad de su corazón, su afán de entrega a los demás, a sus discípulos y a todos los que se le acercaban, fueran las más altas autoridades de la nación o los más humildes indios de Cangahua.

Es precisamente esta honda veta humana la que explica tanto su orientación pedagógica como su influjo tan profundo y tan universal en el ambiente cultural ecuatoriano. Porque él no era primariamente un hombre de ciencia, aunque en su especialidad la tenía mucha; ni era un investigador sin más pasión que poner en claro los datos y las soluciones de un problema. Era, ante todo, un apasionado de la eficacia humana, del influjo desprendido pero urgente sobre los demás, en el doble campo, muchas veces hecho uno, de lo cultural y de lo cristiano. Cuando se le recomendaba un alumno escribía frases como éstas: "Descuide, que miraré por él y por todos como por los nuevos hijos que me da Dios para que se los críe".

Para él la educación y el apostolado no se reducían a la comunicación de un contenido doctrinal; eran, ante todo, la transfusión de una vida, el despertar de potencias, la conversión interior. Su ejemplaridad de maestro consiste específicamente en que era él con lo que fuera quien trataba de acercarse urgente y amorosamente a los demás, sin limitarse a transferir conocimientos que pudiesen actuar de por sí desarraigados de la persona. De formas sociales exquisitas cubría con toda delicadeza y amabilidad aquel impulso vigoroso con que llevaba adelante sus visiones y sus apreciaciones.

Esa juntura de fuerza y convicción personal, de afán por la eficacia humana directa, ese amor imborrable a su concreta vocación, al servicio a los hombres en la línea que le era propia, fué ~~xxx~~ el motivo de su presencia en tantos ámbitos, con tantas personas y en grado tan eficaz. Reconocido primero su prestigio en la especialidad de humanista y, más tarde, en el círculo más amplio de la literatura y de la educación, quedó abierto el cauce para que su poderosa personalidad pudiera hacerse sentir frente a la colectividad y a los individuos más capaces. Era realmente un hombre a la altura de sus ideas; por eso, el contacto personal acrecentaba la admiración y el influjo iniciado en su enseñanza oral y escrita. Sin olvidar tampoco el influjo permanente, la acción sobre el futuro. Supuestas su pasión fundamental de despertar lo humano en el hombre al servicio de lo cristiano en la línea de una auténtica formación cultural, su personalidad humana, sus dotes naturales y adquiridas pusieron en marcha todas las actividades que le pudieran ser de algún modo propias y estaban al alcance de su visión y de sus posibilidades. El resultado está ahí: sus discípulos, su impacto en el ambiente cultural y religioso del Ecuador, sus libros con su eficacia multiplicada, la Biblioteca Ecuatoriana que es más de lo que su nombre dice, la Universidad Católica.

No todas sus producciones son del mismo valor; mostrar cuáles y por qué son superiores serviría muy bien para jerarquizar sus cualidades, y, en definitiva, para entender mejor su personalidad. Desde otro punto de vista menos personal nos llevaría al mismo núcleo con un rodeo mayor que aquí no es posible. A su vez ese estudio de sus libros permitiría una valoración más crítica de lo que su obra significa en el conjunto de las Humanidades y en los casos concretos de Virgilio o Sófocles, sin olvidar sus aportes a la literatura y a la historia ecuatorianas; pero tampoco era ése el fin de estas líneas. Pero su personalidad y el sentido de su vida quedarían parcialmente desfigurados si no se aludiese siquiera sucintamente al sentido cristiano y sacerdotal ~~xxx~~ que él buscó denodadamente como la explicación superior y total de su existencia.

Sin hacer ruptura con su vocación humana, antes potenciándose ambas mutuamente: tal pudiera ser la síntesis en este aspecto. Ni su sacerdocio se presentaba sin su humanismo, ni su humanismo sin su sacerdocio. Su misión última, la de hacer cristianismo construyendo lo humano. Estaba convencido de las palabras de Justino, el apologeta del siglo segundo: *ei per Verbum et Spiritum Sanctum*, quienes vivieron conforme al Verbo, son cristianos, (Ap. I, 46). Por eso, como el mismo Justino veía la posibilidad de edificar al cristiano, que nunca puede dejar de ser hombre, con lo que de mejor han producido los hombres. Sentía fundamentalmente cumplida su misión de sacerdote preparando las bases humanas que supusieran una mejor posesión subjetiva del mensaje total del

cristianismo y una más apta preparación para poderlo presentar en toda su riqueza. También mostrando con su ejemplo el valor de lo cristiano, pues a todos quedaba ratente cómo ese valor era para él, conocedor y poseedor de tantos otros, el supremo, el que en definitiva daba sentido y fuerza a todo su proceder. No sabemos a cuántos hombres acercó al cristianismo, porque ésta no es tarea propiamente humana, pero sí podemos medir cuánto acercó el cristianismo a los hombres. En el Ecuador no podrá ya repetirse honestamente la objeción ya trasnochada de que es preciso ser laico para estar a la altura de los tiempos y a la altura de los ideales culturales. Porque si mucho fué lo que su humanismo aportó a su predicación del cristianismo, es evidente que más aportó el cristianismo a la sublimación de su humanismo. Por eso su significación singular, egregia en la historia ecuatoriana contemporánea deberán reconocerla aun aquellos más prontos a sustentar sus ideas y prejuicios que a plegarse a la realidad de los hechos y a aceptar la verdad allí donde esté y en el modo preciso y total en que se halle. Mostrar ambas aunque sucintamente y en la medida de mis fuerzas y tiempo ha sido la tarea de estas líneas, entendida como un deber y como una necesidad, con las que hay que cumplir si se quiere ser lo que se es.

Innsbruck, 5 de Febrero, 1961